

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS



AÑO I—N.º 9

Montevideo, Mayo 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

EL SACRIFICIO DE LA VIRGEN!...

Tú carne de virgen, tu desnudez casta.
será adorada por los hombres...

BÍBLICO.

La corola azul de un miosotis le recordaba en su ferviente misticismo las pupilas del Bautista; y las espigas, como una luenga barba rubia, ondulante y crespa, le traían rememoraciones de los versículos del Profeta; y así en sus peregrinaciones, en sus soledades, buscaba divinos placeres, esperando momentos que jamás llegaban, cuando alguna imagen celestial, etérea, apareciese tras un peñasco de aquella majestuosa serranía de picachos monstruosos, y le dijese:

«Tú eres la elegida para interpretar al mundo mis venidas á la tierra. Pero nunca vió más que algún lagarto efectando el cuerpo en vigilancia astuta, ni oyó más que el rumor del viento al balancear las copas de los nopalés».

Ella esperaba. No era vano haber leído casi todas las obras sacras de la modesta biblioteca del pueblo, renunciar las galanterías de los mozos, ser indiferente — esto era una verdadera penitencia — ante los extraños ojos de aquel vaquero de anchos hombros, pasear sus delirios místicos entre el silencio de los bosques, sorprender la imponente inmovilidad del gran pico nevado, — el cual, según leyenda del condado amaba á la luna, con la

cual celebraba sus formidables idilios las noches claras — y vestir castamente ancho ropón de franela roja que ceñido al cuello le cubría los pies, dejando tan sólo al desnudo sus dos blancas manos de rubia histérica.

Hacer un bien, un sacrificio á sus semejantes, probar á su alma que el amor debe ser siempre generoso aunque el martirio fuese un factor, sufrir por los hombres como sufrió el ideal de sus ensueños, y ya que su palabra era inútil, y todo pensamiento era estéril, salir de esta vida pura, toda virgen, llevando en la frente el halo de un milagro ó en la conciencia la luz de una buena acción. Y por eso rehusaba las tentaciones humanas, el abismo de las frases galantes, el precipicio de las fiestas mundanas, donde mujeres desvergonzadas enseñaban las alburas de un cuello ó las redondeces de un tobillo: cuando mostrar una pulgada de su carne lo consideraba como un paso seguro á las puertas del infierno!...

Tranquila, con su ancho hábito rojo atado con largo cordón negro, que le daba aspecto de un peregrino, en rizos rebeldes os crespos blondos, llenos de amor los orientales ojos turquinos, húmeda la boca de nazarenos labios, soñando escenas bíblicas, se fué perdiendo bajo la augusta sombra de los olivos de verdinegras hojas, sonrió á las alturas donde los picos de nieves eternas se afilaban como legión de gigantes de cascós blancos y conversó con la mariposa cardenal y con la cigarra esmeraldina.

Aquella mañana de Primavera le traía un presentimiento extraño, husmeaba tras los paredones, en los escondites de las zanjas, entre los apretados troncos de los perales y manzanos, hendía con la mirada la solitaria extensión de cielo impasible, escuchaba si alguna voz lejana le hablase por fin en aquel palpítante silencio, sólo turbado por el insecto que corría sobre las hojas secas ó por el rumor del río vecino.

Nada más sácro en aquel bello paisaje que la esbelta niña de quince años buscando en sus delirios de iluminada el milagro de Bernardette ó la acción generosa para su creída salvación de alma.

A la izquierda del bosque, entre dos murallones de tierra re-

movida, corrían las paralelas del ferrocarril chispeando bajo el gran sol, frías como inmena sierpe, rectas atravesaban el río sobre alto puente de madera y se perdían por un tunel en la orilla opuesta, como si desflorasen con sus interminables extremidades las virginidades de los montes.

Una de sus pocas curiosidades humanas era, sentada al borde del puente, ver cómo los trenes de largas hileras de vagones desaparecían en aquel negro agujero camino de la vida, de la alegría, de las grandes ciudades donde el crimen y el pecado recorrián alcobas y tabernas, ciudades que ella anhelaba virtualizar, soñando con sermones en las esquinas ante auditorios convulsos de fe y prestos á la conversión más ciega.

Abriéndose paso entre zarzas y malezas, chafando las ramas con una vara de copal que á modo de bastón llevaba, descendió el terraplén hasta enfrentarse con el río de roncos graves, ancho, de oscuras aguas, un río con aspecto de mar, que después de recorrer millas rumiando sus amenazas, caía con estrépito en enorme lago de revueltas ondas.

De pronto se detuvo lívida, espantada, la tierra le temblaba, bajo el puente de formidables pilas, corrían llamas azules, se enroscaban en los andamiajes, subían por entre los durmientes en cortinas escarlatas, los rieles rojos se doblaban, la maldición del fuego hacía crujir con ayes los sostenes de las paralelas y de cuando en cuando un leño chisporroteando, humeante, como una tea caía en el agua, crujiendo al apagarse, y negro, vencido, corría corriente abajo hasta desaparecerse tras la serranía.

Aquel silencio lo turbó como un grito de ave, el pito de un expreso que se aproximaba. Ella la iluminada, presintió el peligro: aquel expreso con sus vagones llenos de mujeres, de niños rosados, de ancianos abuelos en visita de sus nietos, novios en busca de sus adoradas, todo iría al abismo, y ella, débil rubia de quince años, era la única que podía salvar las muertes de tantas vidas. Correr á la cercana estación del guardaaguas — dos millas de distancia — era imposible: ya la tierra se conmovía con el cercano convoy, una pluma de humo se adivinaba en el horizonte, un puntito negro parecía la máquina y

siempre el pito con un largo lamento, con una queja, como una pregunta que ella sólo podía responder.

La buena obra había llegado, el sacrificio por la humanidad le iluminaba el alma. Dios le hablaba: Tú sólo eres la salvadora, tú eres mi elegida en la tierra para cerrar las puertas de ese abismo, tú, tan débil detendrás el paso de tanta fortaleza!

Y nerviosa, con una luz extraña en la mirada, se arrancó el largo ropón rojo, la saya interior, la camisa, todo, ató á la rama de nopal aquella bandera de peligro, y así enteramente desnuda saltó á la vía y se irguió como una estatua de alabastro delante del puente donde las llamas corrían rugiendo, mordiendo en el hierro, calcinando las pilastras; ondeó el girón rojo de sus vestidos como una heroica figura de ancianas edades.

El ingeniero la vió, vió el manchón escarlata que le avisaba la muerte, redujo la velocidad, afianzó las palancas, atacó el freno, abrió las válvulas y disminuyendo el impulso, el monstruo fué á detenerse á veinte pasos del abismo.

Entonces de todos los carros, por todas partes, saltaron ancianos de cabezas blancas, novios impacientes, madres espantadas, niños inocentes y cayeron de rodillas ante aquella blanca figura de virgen, con sus pechos de rosada piel palpitando como dos palomas, con sus brazos albos como dos alas, su vientre de doncella rosáceo y suave, sus caderas firmes y nerviosas, sus largas piernas de carlitas curvas, vueltos los ojos al cielo en una infinita ternura de agradecimiento, una plegaria de gracia por haberla elegido para que en su alma resplandeciese la luz de una buena acción, aunque martirizando su pudor de casta, se mostrase toda desnuda ante una muchedumbre emocionada, ante los bosques espantados, á los altos picos hiératicos e impasibles, ella, la virgen, que no enseñaba bajo sus anchos ropones más que las blancas manos de rubia histérica, ella que concebía como desvergüenza un dedo de cuello ó una pulgada de tobillo, bajo aquel gran sol reverberante en las nieves de las altas cumbres, en las copas de los nopalitos, delante de aquel infierno de llamas que arrancaba los últimos pilares, mordidos, carbonizados, en una impudica castidad, revelando sus gracias más secretas, sus carnes de hembra humana, sin cuidarse más que de cumplir con las palabras de su ensueño celestial:

— Tú serás mi elegida para cerrar las puertas de ese abismo,
tú, tan débil, detendrás el paso de tanta fortaleza!...

Francisco García Cisneros,
Cubano.

New York, 1900.

PALESTINA

I

Despierta inspiración, alza tu vuelo
con la soberbia majestad del cóndor;
arrebata secretos de esa tierra
que el Jordán proceloso
arrulla con su linfa rumorosa;
ante el bello consorcio
de la Sacra Promesa
con el hombre creyente y generoso,
que en la virtud de su pesar sin sombra
en Dios, lo espera todo!
¡Tierra de Palestina! ¡Tierra santa!
Dadme el secreto de tu historia de oro
que arrebató á los hombres del abismo.
profundo y tenebroso!

II

Era la noche inerme en que las razas
arrastraban su vida entre cadenas.
El martirio del alma: el pensamiento
vagando en las tinieblas
como el rayo de luz entre las nubes
en días de tormenta.
La humanidad dormía
el letárgico sueños de las fieras,
sin gozar en su entraña el sentimiento
de sublime grandeza!
Hasta que al fin llegó celeste aurora
precedida en la luz de blanca estrella
á despertar la humanidad sumida
en profundas tinieblas!

III

¿Qué voz sonora en el espacio vibra
 que hace se inquiete el corazón del hombre;
 que es más dulce y armónica y sonora
 que el triste tañido del bronce?
 ¿Qué lenguaje difunde por doquiera
 la esplendidez de un hombre
 que al brotar de los labios



LUIS MARTÍNEZ MARCOS

se agitan de placer los corazones?
 ¿Por qué brilla en el cielo aquella estrella
 como si fuera el broche
 del grandioso collar de tantos astros
 que forman la diadema de los orbes?
 ¡Es que el mundo recibe entre las sombras
 celestes bendiciones!

VI

Levanta el hombre su abatida frente
 y alza su vista á la región del cielo,

y ve en su alma luminosa y bella
 la majestad del Verbo!
 La redención llegó de su caída
 y su vivir protervo
 han huido las horas silenciosas
 ante el viril acento,
 que canta el sacro nombre
 del Redentor de razas y de pueblos,
 que en Nazaret, de inmaculada virgen,
 se agita tembloroso en níveo seno,
 como el estambre de la flor temprana
 del sol á los reflejos.

V

Palestina despierta alborozada
 ante el rumor de cántico vibrante!
 Las ramas de sus viejos tamarindos
 y los soberbios sauces
 que festonan sus ríos, y sus bosques
 de verdes olivares;
 y la cadencia armónica
 del ruiseñor, el bardo de las aves,
 confunden sus arpegios con el ritmo
 de salmos inmortales
 que de Belén, en mísero pesebre,
 arrullan el amor de Virgen Madre!
 —«¡La promesa de Dios, mirad cumplida!»
 dicen voces triunfales.

VI

¿Dónde van esos magos silenciosos
 cruzando valles y desiertos, mudos?
 ¿Qué secreto misterio los conduce
 que marchan taciturnos?
 De los pomposos reinos del Oriente,
 cediendo á santo impulso,
 que en sus almas despierta
 blanca estrella que brilla en lo profundo
 del firmamento azul; van anhelosos,
 tras el divino anuncio,
 hacia Jerusalén. Herodes tiembla
 en Jericó, se inmuta y dice: «Al punto

buscad al niño, que adorarle quiero:
es El el Rey del mundo!»

VII

Vuelven los magos á seguir su marcha
tras esa estrella que en el cielo brilla...
la placidez tranquila
del pueblo de David y en un establo
do la pobreza oficia,
con todos sus rigores,
está de Dios la Virgen Preferida
junto á José que adora al tierno niño
de radiosas pupilas...

Los magos se prosternan y le adoran,
y le ofrendan incienso, oro y mirra,
y tornan á sus lares transportados
de inefables delicias!

VIII

Cual siniestro volcán, que ruge, estalla,
cual impetuoso y desbordante río,
como tromba marina que atraviesa
el mar en raudo giro
como rumor de tempestad que vibra
en el rayo flamígero
atronador, inmenso
como todos los ecos del vacío,
se oyó un lamento, un llanto pesaroso,
el profundo quejido
de madres infelices al cumplirse
la sentencia del bárbaro judío,
del homicida Herodes, que anhelaba
la muerte de Aquele Niño!

IX

¡Oh pueblo de Israel! seguid las huellas
del Niño Luminoso—¡vedlo!—asciende
por los ásperos montes; no le inmuta
el rugir del torrente
ni el desierto sin oasis, ni rumores.

Marcha! No se detiene
ni en la noche sombría

en que el genio del mal reinar parece.
 Avanza sin ceder. Lleva en su espíritu,
 que ilumina su frente,
 el destello de Dios y en su mirada
 la ventura infinita resplandece
 con el vivo esplendor y la grandeza
 del que todo lo puede!

X

Bello como la luz de una alborada
 del mes de Enero que los campos dora!
 De ojos azules de mirar de cielo
 que á la virtud provocan;
 blanco y tan puro cual la flor del lirio,
 de cabellera blonda
 que forma de su frente
 la clara y bella, diamantina aureola:
 ved á Jesús, entre la turba ignara
 de escribas y de ilotas
 derramando cual ritmos de un salterio
 la palabra de Dios que seductora
 ablanda corazones, y los vicios
 mundanales destroza!

XI

Sobre la enhiesta cumbre del Calvario
 llevan al hombre de divina estirpe!
 La ingratitud de un pueblo y la importancia
 de óseo y negro origen,
 le dan por premio á su virtud sin mancha
 sentencia de los viles.
 Y sufriendo el castigo,
 al Padre Eterno condolido pide:
 —«Perdón, por ellos, que el error les ciega!»
 Piadoso les bendice,
 y espira en gracia de su Dios divino!
 ¡Llora, por siempre, tu soberbio crimen
 Jerusalen y eleva en tus altares
 la oración que redime!

XII

Mártires de la tierra que arrastrando
 vivís una existencia de desgracias,

alzad la frente, contemplad la imagen
 bella, noble y sagrada
 del hijo del Señor del Universo,
 y veréis que las lágrimas,
 las perlas transparentes
 del martirio, dignifican las almas,
 y el dolor fortalece y nos eleva
 donde la luz irradia
 en todo el esplendor de su hermosura,
 donde perenne oficia la esperanza,
 donde de Dios el galardón se goza
 en la divina patria!

XIII

Volved, al seno de mi Dios, vosotros
 felices inspirados de la idea;
 que ostentáis en la frente resplandores
 de la sublime ciencia,
 y que arrastráis la vida en las zozobras
 de mundana flaqueza;
 cantad, en aureos ritmos
 la sin igual y espléndida leyenda;
 levantad vuestro espíritu á los cielos;
 despertad la conciencia
 de los dormidos pueblos y marcadles
 de la felicidad la augusta senda
 y entonces seréis grandes y acreedores
 á inmortal recompensa!

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, Mayo de 1900.

BONAERENSES

Día espléndido de sol. Los relojes acaban de marcar las tres de la tarde, y las puertas cerradas de los *registros*; los tranvías rebozantes de endomingados pasajeros, que los invaden por asalto sin hacer caso del tradicional «; está completo!» de mayorales y aurigas; las destortaladas ó flamantes victorias de plaza, conductoras de verdaderas estivas humanas, deslizándose rápidamente sobre

el pavimento de madera ó de asfalto; los ciclistas de ambos sexos, que cruzan veloces como golondrinas gigantescas, aportando á la ensordecedora baraunda de los mil ruidos callejeros las notas chillonas de sus timbres y bocinas, todo anuncia que la ciudad está de fiesta y que su inmensa y heterogénea población se dispone á pasar una tarde de alegría y de jolgorio.

Un cielo intensamente azul y un ambiente otoñal, incitan á la movilidad y al esparcimiento.

A lo largo de la avenida de Mayo, á la sombra de los plátanos, y bajo los amplios toldos de los cafés y confiterías establecidos á ambos lados de la gran calle, un enjambre de pacíficos bebedores, correctamente vestidos, rodea las pequeñas mesas de hierro, verdaderos santuarios de Bacó, en que el Dios Chopp recibe alegre y fervoroso culto...

Y es de ver el apuro de los activos *garçons* para contentar á sus numerosos parroquianos y prevenirse discretamente, sin herir susceptibilidades, sin *chocar*, contra los no pocos *calotes* de que se les hace víctimas, en represalia, tal vez, de la fastidiosa e ineludible propina!

Una incómoda turba de lustradores, billeteros, vendedores de cigarros, de flores, de revistas, y mendigos de todas nacionalidades y cataduras,—la mayor parte apócrifos,—se abalanza á cada transeunte, le cierra el paso, le asorda con sus gritos y lloriqueos y se aleja maldiciéndole ó haciendo alguna mueca truhanesca si no logra sacarle el *vento*, como se designa comúnmente el dinero, en el argot de los *escrushantes* y *punguistas*.

El día es de Tartabul y Candelario, ¡¡ Para hombres solos !!— grita el primero de estos dos héroes callejeros, poniendo, como al descuido, ante la mirada ruborosa de las niñas que pasan, un libro verde, de grabados casi pornográficos, mientras su rival le lanza, desde lejos, miradas fulmíneas...

En los muelles, diques y dársenas ha cesado casi por completo el ruido ensordecedor de los guinches, el vaivén incesante de carros, zorras y vagones, el hormigueo febril de hombres ennegrecidos por el polvo de la hulla y el grasiendo ollín de los pescantes y locomotoras.

Los grandes *steamers*, los pequeños vaporcitos y las embarcaciones á vela, permanecen silenciosos y casi desiertos, apagados los fuegos de los unos, amarradas ó lacias las velas de las otras,—flameando en los altos mástiles los mil diversos pabellones,—y sólo uno que otro remolcador y los ligeros botes de paseo cruzan las cenagosas aguas del puerto, donde todo parece descansar de la ruda labor de una larga y activa semana.

Ruedas, émbolos, bielas, yacen inmóviles, como brazos de trabajadores dormidos, como miembros de cansados titanes.

Mil nombres exóticos, en su mayoría de mujer, ornan las popas y costados de esos inmensos trasatlánticos, «veteranos de cien tormentas», que pronto volverán á surcar Dios sabe qué mares.

En el largo *Paseo de Julio*, bajo los arcos de la vetusta y descostrada recoba, albergue nocturno de vagabundos y ladrones, lucen sus colores llamativos las banderas de los remates, los grandes cartelones de los gabinetes ópticos, de los fonógrafos, de las casas de compraventa (encubridoras de *punguistas*) y de los mil pasatiempos, *trattorias* y negocios distintos, abiertos al público á todas horas del día y de la noche...

Aquí chilla un órgano-piano una *milonga quebradona*, que se baila á sí misma, al decir de un *canfla*; más allá suena un timbre eléctrico llamando la atención de los transeuntes hacia un fonógrafo de escandaloso repertorio; y de todas partes fluye un gentío inmenso, abigarrado, pintoresco, luciendo al sol las más variadas galas.

Flamantes y lustrosos *chambergos* de alta copa partida á la napolitana, sobre rostros encendidos por el *barbera*; boinas blancas ó rojas, volcadas de costado sobre caras amulatadas ó retintas; galeras de amplias alas aplomadas en forma de disco, por debajo de las cuales aparece reluciente y lacia la melena del *compadrito*; gorros griegos coronando testas calabrezas, en cuya bocas, torcidas por el uso del *cachimbo*, humean largos cigarrillos de *la paja*; botas deslustradas y alpargatas plebeyas, haciendo contraste con el reluciente borceguí, recubierto de blanca polaina, de algún soldado distinguido, y la zapatilla bordada de la joven inmigrante, que to-

daya conserva el amplio pañolón floreado, de chillonas tintas, y la saya corta de los valles nativos, indiscreta reveladora de la torneada pantorrilla; todo contribuye á caracterizar uno de los barrios más cosmopolitas de Buenos Aires, donde tampoco falta, á veces, la larga trenza china ó el pintoresco traje griego...

¡Inmensa, original amalgama de razas, costumbres, instintos y tendencias! ¡Viviente y poderosa levadura de un pueblo futuro, amasada con el humano aluvión de todas las regiones de la tierra!

Hacia el Sud-Este, entre el inmenso caserío de madera y zinc que forma la población semiflotante de *La Boca*, un público análogo al que acabamos de describir, confraternizando alegremente con la marinería de los mil ó más buques amarrados al largo malecón de piedra que, costeando casi todo el *Riachuelo*, va á morir más allá del *Puente de Barracas*, hormiguea, á su vez, por la estrechas callejuelas, ó llena los bancos y mesas grasiéntas de los innumerables almacenes y *trattorias*, á la puerta de los cuales, en inmensos sartenes calentados por hornillos de hierro, chilla entre la grasa humeante el pescado frito, que pronto irá á reunirse con el plato de *busecca*, las recién tostadas castañas y los cien alcohólicos menjurjes con que envenenan á sus anfibios clientes los taberneros de aquéllos húmedos parajes.

De todos los almacenes y fondines,—servidos, en su mayoría, por mujeres,—parten gritos y carcajadas, acompañados de alegres ó melancólicas canciones en extraños idiomas y dialectos.

¡¡Cinque!!... ¡¡otto!!... ¡¡sei!!... gritan por allá unos napolitanos, jugando á la *murra*, mientras un grupo de marineros ingleses canta el *God save the Queen*, entre sendos sorbos de cognac y de whisky.

Los retratos de Humberto y de la reina Margarita presiden casi todos los templos de Baco, al lado de la ceñuda efigie de Garibaldi, que parece mirar con mal gesto las continuas libaciones de sus alegres compatriotas.

Grandes grabados en colores representando al *Duilio* y al *Dándolo*: ahumados cromos, reclamos de otros tantos licores y aperitivos, y uno que otro espejo desvencijado, completan el adorno de las paredes.

«La Marianina» y «La Pinota» mezclan sus notas desafinadas, saturadas de vino, á los insípidos cantos del Norte y á los aires criollos más exageradamente *compadrones*.

Por todas partes domina la lengua del Dante, pero con más recortes y adulteraciones que los vinos artificiales de que ya hemos hecho referencia.

Una jerga infernal, semejante á la que menciona D'Amicis en las impresiones de su viaje á Constantinopla, hace las veces de idioma entre aquellas buenas gentes, indiferentes para todo lo que no sea interés ó negocio...

La tarde ha ido avanzando lentamente, y la ciudad empieza ya á envolverse en las primeras sombras de la noche, cuya negra vanguardia se apresta á batir los faroles de gas y las bombas eléctricas.

Las copas siguen llenas y por todas partes corre el licor que las camareras se encargan de escanciar entre risas y chistes.

Vino, juego y mujer!... Vaya aprontando sus carillas la *crónica roja*!

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Mayo de 1900.

CONFESIÓN

En un álbum.

¿Qué color prefiere usted?

— El claro azul de la región lejana
Retratado sin mancha en mi bandera,
Y el tinte de la nieve en la pradera
Cuando al nativo guayacán ufana.

¿Qué perfume?

— Hay un perfume que mis gustos llena
Y es, el aliento de una boca amada;
Tan suave como «aroma de azucena
O de hoja de arazá recién cortada!»

¿Qué flor?

—La que llaman la «reina de las flores»
Porque aparte de ser pura y sencilla,
Ha prestado á mis sueños sus colores
Y ha dejado su fuego en su mejilla!

¿Qué animal le es á usted más simpático?

—La inocente torcaza que en los talas
De las patrias riberas ha nacido:
La que alfombra la caja de su nido
Con el blanco ropaje de sus alas!

¿Qué color prefiere usted en los ojos y en los cabellos?

—Yo sorprendo la aurora en dos pupilas
Donde la noche á reflejarse llega,
Y mi esperanza de futuro juega
De un obscuro cabello entre las hilas!

¿Cuál es la más estimada virtud?

—«Ninguna para mí más estimada
que la lealtad», me dijo con dulzura
La visión de mis sueños de ventura;
Y yo adoro en la creencia de mi amada.

¿Qué vicio detesta usted más?

—De la vida en los múltiples caminos
Sembrados de placer y sinsabores,
Se cruzan sin descanso, tentadores,
El juego y la embriaguez: ¡dos asesinos!

¿Cuál es su ocupación favorita?

—Tejer con *Ella* encantadores sueños
Bajo la cripta de la fronda espesa,
Donde pían los pájaros pequeños
Y pasa el agua que los ceibos besa!

¿Cuál es, según usted, el ideal de la felicidad terrestre?

—Un rincón solitario de mis lares,
Entre mirtos en flor, plácido nido,
Y el ideal de mis ansias adormido
Al arrullo feliz de mis cantares!

¿Cuál ha sido el momento más bello de su vida?

—Mi mirada en la suya confundida,
Confundido su aliento con mi aliento
Y callados los dos; ese momento
Fué sin duda el dichoso de mi vida!

¿Cuál el más desgraciado?

—Cuando veo con dolor que se desploma
El altar que elevé dentro del pecho,
Cuando el nido de amor quede deshecho
Por haberse ausentado la paloma!

¿Cuál es en el día, el momento para usted más agradable?

—El instante feliz que nos reunimos
Mi corazón y yo, y embelesados
Vemos morir el sol tras de los prados
Del risueño lugar en que nacimos!

¿Cuál es, según usted, la mayor desgracia?

—Que no llegue una lágrima piadosa
Ni una plegaria, ni una flor, ni nada,
Hasta el borde callado de mi fosa
Cuando termine la vital jornada!

¿Cuál es su principal esperanza?

—Una sola. La misma; la primera:
Darle mi nombre á la mujer querida:
Encontrarme á la página postrera
De la historia encantada de la vida!

¿Cree usted en la amistad?

—¿A las hojas de tu álbum entregara
En mis pobres y humildes confesiones
El secreto de todas mis pasiones
Si por acaso la amistad negara...?

¿Qué personaje histórico le es más simpático?

—Venero entre otros de gigante talla
Al que hiciera más grande su memoria
Descansando del peso de la gloria
En mitad de la selya paraguaya!

¿Qué personaje de novela ó teatro?

—Dance el noble y gallardo peregrino,
Aquel que en horas de la noche quieta
Encontró en los jardines de Julieta
El deseado final de su camino!

¿En qué país preferiría usted habitar?

—Más allá de la tierra idolatrada
Donde supe de goces y dolores
Y el Plata y Uruguay en sus rumores
Cuentan historias de valor, ¡no hay nada!

¿Qué escritor prefiere usted?

—Entre esencias conservo, y entre flores
Todo un poema de dichas y de encanto.
En él escribe por minuto un canto
El sublime escritor de mis amores!

¿Qué pintor?

—Por la tela mejor no trocaría
Las que pinta radiantes de belleza
En oscuro rincón de mi cabeza
Un genio original: ¡mi fantasía!

¿Qué músico?

—Sobre todos los músicos mejores
El concierto del mar y el de la umbría,
Está mi corazón, la melodía
De la inmortal canción de mis amores!

¿Qué divisa elegiría usted, si debiera tener una?

—Cuando bajar á la sangrienta liza
Me mande del honor, el grito rudo,
«Morir amando» se leerá en mi escudo.
Y «amar hasta morir» en mi divisa!

¿De qué paraje conserva usted el más agradable recuerdo?

—De una glorieta que tapiza un velo
Tejido de heliotropos cimbradores,
En que retrata su color el cielo
Y llegan á libar los picaflores!

¿Qué plato prefiere usted?

—Ya que manjares señalar me toca
Te diré cuál ha tiempo apetecía:
El que guarda en el pliegue de su boca
La adorada mitad del alma mía!

¿Cuál es, según usted, la obra maestra de la naturaleza?

—Desde la humana y sabia criatura
Hasta el reptil que habita en la maleza,
Aparece divina la grandeza
De la mano creadora de Natura!

¿Prefiere usted la cama dura ó blanda?

—Si al quedarme dormido, hasta la almohada
Llega la imagen que adoré de niño
Y me habla de esperanza y de cariño,
La bondad de la cama importa nada!

¿Qué nombre elegiría usted, si tuviera que elegir alguno?

—Como tengo delirio por lo honrado,
Y rindo á la virtud culto cumplido,
Aquel que mis mayores me han legado
Será siempre y doquiera mi apellido!

¿Qué edad tiene usted?

—La que hace fácil y halagüeño el viaje
De la breve existencia: veintiún años,
Para quien los dolores son engaños
Y una mancha de sangre es un paisaje!

¿Qué pueblo extranjero le es á usted más simpático?

—El que estuvo en Bailén, en Zaragoza,
En Madrid, en Lepanto y en Pavía:
El que en cuyos dominios, llegó día,
¡De no apagar el sol su luz radiosa!...

Escriba usted un pensamiento de su agrado.

—Ciertos pensamientos son verdaderas plegarias. Hay momentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.—*Victor Hugo*:

Ubaldo Ramón Guerra.

HONRADA...

A Clemente Palma, en Lima.

Marcelo se mostraba, sin duda, bastante elocuente ; porque ella, muy pálida y temblando de emoción, como su ardiente enamorado, le dejaba hacer y no retiraba sus manitas blancas, en ese instante temblorosas, de entre las manos de su amante, que las cubría de besos y caricias estremosas. En la embriaguez de amor que de ella se iba poco á poco apoderando, cada beso, cada caricia, la hacían olvidarse más y más, insensiblemente, del peligro que « su honor » corría en aquella hora fatal de su vida, tranquila hasta entonces, de mujer honrada y de esposa fiel, y, sin poderlo remediar, sentía que se entregaba toda entera, que ya no se pertenecía y que caía en el abismo de aquel « crimen de amor » á que la precipitaba el hombre que la suplicaba y acariciaba, con ternura delirante, á sus plantas.

Sólo entonces comprendió que amaba á ese hombre, que siempre le había amado, que le amaría siempre ; sintiéndose ahora más débil que nunca para resistir á sus caricias. Y lo olvidó todo. No pensó más que en aquel amor, tanto tiempo resistido, callado y ahogado, que ahora no quería esperar más y la vencía.

Pero quiso luchar aún, librar el último combate con su deber que la detenía y su pasión que la empujaba ; y mientras él, su desesperado amante, seguía suplicando, y añadiendo los besos y las caricias á las súplicas, ella, resistiéndose ahora con alguna energía, volvió atrás un instante, retrocedió hasta los primeros años de su vida pura y casta de virgen inocente y feliz, y se vió, pequeñita y graciosa, en la casa de sus padres, adorada de éstos, querida de sus tiernas amigas de la infancia, cuando la alegría de vivir llenaba su ser todo, hasta ahogarla de placer, en las mañanas alegres de la estación risueña de las flores. Volvió á vivir en un momento toda aquella deliciosa vida suya de niña mimada y contenta de sí misma ; y ante ese retorno, ante esa reviviscencia de su ser infantil, se sintió como refrescada por una especie de nueva vida, que

penetraba en ella y hacía resucitar, en la mujer casada y grave, a la niña libre y juguetona de otros días mejores.

Fué como una ráfaga de salud pura, que, apenas venida, desapareció. Pero no quiso entristecerse, dominó valientemente el dolor, más fuerte que el placer, que le traía aquel recuerdo de tantas cosas frescas, y siguió en su ensueño de hacer revivir los días idos de su vida. Se vió, así, de pronto, casi bruscamente, hecha toda una mujercita encantadora y coquetona; admirada, codiciada y... guardada, como un tesoro; y sonrió. Sonrió; pero no se detuvo en sus recuerdos.

Una turba de ilusiones perdidas surgió en el cuadro que en su agitado cerebro de mujer sensible se formaba; una turba de cosas aladas, de amoríos inocentes, que la habían hecho divertirse bien —sí, esto era, divertirse— con sus primeros amadores, todos ellos platónicos, por otra parte. Luego, estos amantes se habían desengañado, uno tras otro, de su error y dejado el campo á otros, menos inocentes que ellos, tal vez; pero no consiguieron, por eso, ni más ni menos que los idos. Después, era ya toda una verdadera mujer formada, una «señorita», y esos inocentes pecadillos de amor contemplativo no se repitieron ya jamás. Por último, su imaginación sobreexcitada le trajo el recuerdo del hombre que, sin haberla agradado,—anciano conservado, pero anciano al fin,—la había pedido y, como un mueble cualquiera, se la había llevado, la había arrebatado del hogar tranquilo de sus padres al hogar sin calor—al menos para ella había sido así—del esposo. Ella no le amaba entonces, como no le amaba ahora; y estaba segura de no poder amarle nunca. Pero, con todo, le había sido fiel. ¿Y qué más podía él esperar de ella, de quien sólo había cuidado siempre el cuerpo, nunca el alma?

Llegada á este terreno, la desgraciada comparó. ¿Qué? Comparó á su marido con su amante; y, como todas las veces que tales comparaciones hace una mujer, el marido fué vencido, y, por lo tanto, condenado. Se dijo que hasta la posesión había sabido hacerla brutal aquél hombre que se llamaba su esposo, y cuyo nombre, ella, joven y hermosa, llevaba como un sarcasmo de semejante imión. No, no le odiaba; le era indiferente; como marido, si algún sentimiento había podido inspirarle alguna vez, éste no había

sidó otro que el de la compasión por su necesidad de viejo verde, de abuelo enamorado, cuando no el del desprecio por los celos, ridículos en él, con que siempre la atormentara. Y después de esto ¿podía acaso resistir á ese otro enamorado, ilegítimo, en verdad, pero no por eso menos bello y seductor? Además, era su primer amor, sería, sin duda, el último también, y, sobre todo, la había amado él durante mucho tiempo, casta y silenciosamente, ahogando —ella lo sabía bien, lo había adivinado— ahogando su pasión en lo más íntimo de su alma inconsolada.

¿Qué culpa había, pues, en pagar ese tan grande amor con un poco de cariño; sí, qué culpa había en devolver aquel amor, centuplicado? Pero el ensueño dèbía acabar y dejar lugar á la realidad, que pedía también su parte. Y el ensueño acabó!.. A sus pies, siempre de rodillas y más ardiente y enamorado que nunca, su amante seguía suplicándola... ¡Ah! ¿era, pues, inútil resistirse? ¿habría que darse toda á ese hombre, que tan tiernamente la amaba y sólo sabía suplicar? Pero, no; no era ella una mujer cualquiera, que debiera caer así no más; era, sí, un espíritu fuerte, que sabía pensar con calma, á la vez que amar apasionadamente; y no se entregaría.

Y he aquí que, tranquila, fríamente, como si en verdad le fuese indiferente, como si no le amase, esta apasionada rechazó á su amante. Y, mientras él, mudo y paralizado de sorpresa, no se daba cuenta de tan brusco cambio en ella, la cabecita loca de aquella alucinada que se creía fuerte, siguió formando ensueños, dando forma nueva á las quimeras idas de su vida de ayer.

Fué un momento triste y consolador, para ella, al mismo tiempo. Porque, con la gran angustia que sentía ya ante la pérdida de su amante, sintió, á la vez, como una alegría dolorosa que se apoderaba de su ser todo y la bañaba en purezas de una especie rara, por primera vez sentidas. Le causaba pena, sí, mucha pena, dejar ir desesperado—; quién sabe si para siempre!—al único hombre que había sabido hacer palpitante su corazón, virgen de este sentimiento hasta que le conoció; pero le producía también este mismo acto, falsamente heroico de su vida, como una compensación de su dolor, con la muerte de su dicha inmolada en aras de lo que ella creía su deber y su dignidad, y que no era otra cosa que

su vanidad y su orgullo de mujer, que ponían á prueba, desgarrándolo, el corazón del único hombre á quien amara.

Mario Centore.

Chileno.

MEDIOEVAL

La horrible mueca,
La torpe danza
Del bufón, su sarcástica risa
Al fidal señor de horca y cuchillo
Divertirán.
Mas los viriles
Cantos que lanza
Bardo que pulsa lira de hierro,
Al sombrío señor del castillo
Disgustarán.

El blando acento,
Muelle y sin fibra
Del histrión, que con lúbrica historia
Del magnate distrae tristezas
Perecerá.
Pero la nota
Que ronca vibra
En las cuerdas del arpa de bronce
Del cruzado lloando próezas
Perdurará !

Adriano M. Aguiar.

RUMBOS

Como una esflorescencia gigantesca, entre un cúmulo de aureolas y de raptos geniales, ha comenzado á despejar sus horizontes, en tanto que bocetea sus ideales lejanos y descubre sus rumbos, la literatura americana.

Sus poesías épicas, las magníficas profesiones de fe, los reproches ciclópicos de Mirón que descuelgan sus estrofas de lo sublime; los vértigos de gloria de Andrés Matta; las soñaciones castas y delirantes de la Borrero, son americanas por su savia y su grandeza, como son americanos también los llanos de lotos, las canas cumbres de los Andes y los cóndores de alto vuelo.

La tierra prometida de los cruzados del arte se encuentre entre los pueblos indo-europeos en el pasado, para nosotros en el porvenir. Los bohemios de nuestro suelo creen descubrir en el confín brumoso de los ideales acariciados y de las creencias en flor, las azuladas bóvedas del templo del Arte, en una nueva edad de oro.

Los misterios seculares del convento y de la cripta, la silueta vacilante de la cúpula gótica, van perdiéndose en la lejanía de las cosas que fueron, con las palideces de las viejas letras españolas.

Este movimiento oscila con más vigor entre la juventud, ya que las viejas generaciones apenas se atrevían á sacudir la forma decrépita y la rutina caduca, que pretendían poner trabas á la idea.

Entre los himnos y los enjambres de estrofas, sobre el picacho metafórico de la idea, en el medio ambiente de las auras calenturientas, ante el oleaje poderoso de las modernas creencias, se escuchan los cantos de la eterna victoria del pensamiento: aquel titán de Olegario Andrade.

La literatura americana se modela con golpes de maza, con el lirismo ardiente de una raza altiva y soñadora y comienza á dejar una tutela de luz que debe marcar los rumbos de los nautas de la idea.

Mientras la Francia busca nuevas fuentes en la decadencia romana, en las canciones de la antigua Grecia, en las teogonías indias, ó en los poemas soñolientos de la China, en que parecen danzar figuras contrahechas, ídolos monstruosos, idílios de abanico y heroísmos de tapicería, nuestra literatura comienza á escudriñar el pasado de las infinitas razas americanas, á cantar sus costumbres en el presente. Y allí están para inspirar á sus vates, y para iniciar la caravana de lirismos ardientes y de vértigos geniales: la belleza sensual de sus mujeres, los hálitos calenturientos de sus ve-

gas, el colorido rico y orgiaco de sus paisajes, la perspectiva grandiosa de la flor americana en que siempre se elevan los tallos del bambú junto al paraguas tropical de la palmera.

Y luego las esfumaciones de luz en sus crepúsculos melancólicos, los matices variados del lago, que refleja junto á un verde de torno fuerte, la blanca cabellera de una montaña gigantesca, la silueta obscura de la ruina azteca ó aymará, junto á la ciudad activa que vive, que palpita ; y en medio de todo esto los yaravies de sus soñadores populares, los aires melancólicos de las razas dominadas.

Sin embargo, los exotismos se desarrollan también en este medio ambiente americano. Julián del Cassal tiene sutilidad y temperamento francés unido á espíritu griego ó romano, que podía hacer pensar en metempsícoses novelescas.

De Rubén Darío, García Cisneros y Dario Herrera no hay que preguntar, son parisienses de *coeur* que piensan y labran estrofas y cuentos *azules*, contemplando al través de un kaleídoscopio ideal, el barrio latino, las cúpulas de Notre-Dame y los *ateliers* atestados de curiosidades artísticas, de *serres* y de *poseuses*.

En Bolivia Jaimes Freyre ha encontrado inspiración, armonía y colorido en los ritos extraños de la mitología escandinava, cuyas imágenes silenciosas y frías y cuyas escenas de inmensas proporciones parecen talladas en muros de piedra granito, ó altos relieves esculpidos en los erguidos peñones de los Apeninos.

Entretanto la marejada se siente y nosotros que pretendemos seguir sus rumbos como se sigue con la vista las aves de alto vuelo, creemos cumplir con un deber de doctrina al hacer objeto de nuestros estudios esta literatura dúctil poliforme y bella, cosas que al decir de Amado Nervo realizarían el ideal de sus versos y que nosotros hallamos perfectamente aplicable á lo que ha sido objeto de nuestro asunto, puesto que el barro de la frase parece dispuesto en ella á plegarse á todos los caprichos del arte y á todas las modelaciones del ideal subjetivo, del molde simbólico ó de la creación genial.

Armando Chirreches A..

Boliviano.

AMOR EVITERNO

Para el joven poeta Eduardo Díez
de Medina.

La madre que le había llevado en sus vitales entrañas; nutrido con el germen de su existencia; ofreciéndole por muelle cuna, su amante regazo; enjugado, con solícito afán, sus tiernas e inocentes lágrimas, con sus maternales mimos; esa madre, en fin, que después, insensiblemente, le había enseñado saludables máximas de moral, y concluía así en este mundo, su espinosa labor, se hallaba expirando, y, como si aún no estuviera satisfecha de esa labor árdua y cristiana, antes que el alma inmortal abandonara ese anciano cuerpo, doblegado por el enorme peso de los años, seguía inoculando en el pecho de su amado hijo sus religiosas doctrinas de misticismo sublime. Esa solícita madre, después de haber formado un corazón sencillo y virtuoso, iba a morir tranquila; pero no obstante ello, su pecho abrigaba negras dudas: considerando que en este corrompido y frágil mundo nada hay estable, nada infalible entre los mortales y ¡quién sabe el oscuro porvenir que el caprichoso Destino habría de preparar a su desdichado hijo! . . .

Con estas crueles dudas y en el momento en que las aves canoras saludaban con dulces y melodiosos trinos, la aparición de la aurora, la moribunda expiró.

Las ráfagas del viento llevaron, entre las melódicas notas de las avecillas que gorjeaban de placer, un angel más para el cielo: el alma de la virtuosa madre.

Delio, huerto, abandonado, sin un estímulo que lo llevara por el áspero sendero de la virtud, se dedicó a amar a una mujer. Ella fué el encanto de su alma juvenil, la flor matizada llena de vagos perfumes que embalsamaba el delicioso pensil de sus pasiones eróticas. Entonces, incauto, entregó su virtuoso corazón y, ¡deleznable ingrato y cruel!, de su madre se olvidó. Pensaba que cuanto esa pura mujer le había enseñado eran vagas quimeras y, más que nunca, ciego, adoró esa mezquina ilusión voltería, ese inmundo pantano llamado Elda.

Elda fingía, con argucias y arterias, que, con ardiente pasión amaba á Delio. Este con su berroqueño entendimiento y corazón para conocer y sentir las bigardías entregaba á Elda las pasiones, candorosas de su alma impoluta; más, un día, aún en su erótico frenesí, llegó á descubrirlas.

Entonces, por primera vez halagó su corazón la dulce idea de la venganza; idea que pervirtiendo su alma, tornóse en hidrópica sed de sangre; quería arrancar el corazón de esa ingrata y pisotearlo con desprecio.

Su pecho, ya corrompido, iba á entregarse al fango de horroroso crimen, cuando vino, después de largo tiempo, como plácida alborada, el dulce recuerdo de su difunta madre.

Ante ese sagrado recuerdo que halagüeno llegó á posarse en su mente, doblegando su idea, pudo comprender que no hay amor más puro, casto y aún eviterno que el de una madre; que no hay más dulce e impercedero recuerdo que el de una madre. que no hay otro nombre de paz, de consuelo y bonanza —como angel del paraclético Eden— que el de una madre.

Con tan nobles pensamientos, á la sordida Elda que tan impostoramente le había engañado, la entregó al sarcófago del olvido, al justo desprecio...

M. Salvador Ulloa.

Tacna, Perú.

ALZIRA

Media la centuria. Con propicia suerte
su monarca explota á la nación francesa,
y á grandes y pueblo seduce y divierte
que al rey le enamore la gentil marquesa.

Como se solaza la deidad buscando
clásicos deportes con que el ocio esquiva,
de sus numerosos émulos triunfando
la esplendente Musa volteriana priva.

Por genial capricho de doblez prescinde
la *maitresse* augusta, á los *cagots* desaira,
y al potente númer vasallaje rinde
del audaz poeta del *Edipo y Zaira*.

De portátil teatro á la vistosa escena
donde declamando la nobleza luce,
pasa el repertorio que la rica vena
del insigne artista y pensador produce.

En *boudoir* que es nido del placer y el arte
la marquesa, haciendo del *esprit* derroche,
su *toilette* aliña, y con Voltaire departe
de la gran victoria en la postrera noche.

Y Voltaire que el teatro abrillantar procura,
y ante seducciones de esa actriz, se ufana,
que nadie como ella interpretó asegura
el papel de *Alzira*, la beldad peruana.

Aunque lisonjera la expresión estime,
siente la gran dama plácido embeleso
mientras el poeta de *Merópe* imprime
sobre su alba mano respetuoso beso.

Ha pedido audiencia multitud riente
de brillantes próceres que hay en la antesala
donde acariciado por el tibio ambiente
aureo pebetero su perfume exhala.

Mira allí á un abate de altivez gascona
que del prodigioso rimador maidice,
y con pedantesca afectación burlona
hábil sicofanta de la corte dice:

« — A la monarquía, por deleite estulto,
con plebeyo *virus* contagiar se siente
desde que los grandes entusiasta culto,
más que á pergaminos, rinden al talento.

« Ya no me sorprende que privando goce
vate subversivo en la vecina estancia,
porque la risueña Pompadour conoce
que ese es el Apolo de la joven Francia »

— *Manuel A. San Juan,*
Peruano.

AURAS

Los tallos del rosal lánguidos mecen
Su ropaje de hojas;
Los pétalos rosados se estremecen
Y la flor se deshoja.

Un suspiro se exhala quejumbroso
Entre el follaje espeso:
Y un rumor se percibe misterioso
Como de amante beso.

Son auras que vagando entre las hojas
Buscan su dulce amor,
Y que al tocar á las corolas rojas
Dejan mustia la flor.

Auras que gimen al llorar perdidas
Su ilusión y su anhelo;
Y al besarla corola estremecida
Van á llorar al cielo!

Concepción Mestre de Silva.

ACUARELA

VESPERTINA

Para Fernando Gutiérrez.

Envuelto por flamígeros cendales
el monarca de fuego desfallece,
lo glauco del follaje languidece
entre un juego de sombras nocturnales.

El aura lleva esencias orientales
que á los pistilos de las flores mece,
y á sus cálidos besos enardece
las estigmas de sangre tropicales.

Mi novia en su balcón mírame ardiente,
yo anheloso camino hacia su frente;
y al enlazar con trémula ternura
sus márfiladas manos diminutas,
chispean sus pupilas impolutas
y en su boca revienta una ventura!

Pedro Erasmo Callorda.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

EL DINAMISMO SOCIAL

(Conclusión)

El dinamismo social resulta así de una complejidad extrema, á pesar de lo cual se ha intentado referirlo á otros más explorados y que se considera como más conocidos. Son las concepciones, apenas nacidas y ya tambaleantes, de la sociedad-mecanismo y de la sociedad-organismo. Para la primera, los hechos sociológicos, resultan del juego de las fuerzas sociales, aplicadas á un todo articulado, especie de sistema compuesto de motores, de palancas, de ruedas, de poleas, de todos los órganos y máquinas simples que producen, transmiten ó modifican el movimiento, en ese gran todo que se llama sociedad. Para la segunda, la preconizada y popularizada por Spencer, las sociedades constituyen verdaderos organismos, agregados provistos de órganos independientes y solidarios al propio tiempo, que desempeñan, individualmente, la función que les ha sido asignada, y que cooperan, con los demás, en ese cambio mutuo de servicios, en esa ayuda recíproca cuyo armónico consorcio da lugar á la vida. Los partidarios del primer concepto hablan de estática y de dinámica sociales, significando, con estas expresiones, no del todo aplicables al caso, el examen de la sociedad en reposo y en movimiento, la determinación de las leyes de coexistencia y correlatividad entre las partes del todo social, y las de sucesión, que rigen los cambios ó transformaciones sociales. Los spencerianos, recurriendo á la terminología biológica, se sirven de las voces estructura, función, tejidos, órganos, etc., y procuran describirnos la vida del organismo social, el más elevado, agregan, y el más complicado en la jerarquía de los seres orgánicos, á punto de formar un reino aparte, superior al orgánico ó super-orgánico, según el tecnicismo del maestro.

Estrechamente ligada á las concepciones de la ciencia que acabo de esbozar se encuentra la cuestión relativa al método de que debe servirse, siendo unas y otras resultado del empleo de uno mismo, el analógico, tan falaz como peligroso. Conviene, en este punto, proceder con la máxima cautela. El problema capital de la Sociología consiste en hacer ver el desarrollo de toda sociedad, cualquiera que sea la época y lugar en que florezca. ¿Cuáles son las causas que determinan la formación de las agrupaciones humanas, su organización, los fenómenos de que son teatro, los cambios, que experimentan? He ahí las cuestiones que la Sociología se propone resolver. Ahora bien: ¿qué camino seguirá en las exploraciones que realice con tales miras? ¿Observará las sociedades actualmente existentes, ó pidiendo auxilio á la historia, esa paleontología social, estudiará el desarrollo de sociedades que fueron para poner de manifiesto la razón de ser de los procesos sociales? ¿Aislará los fenómenos, para examinarlos más cómodamente, ya sea en la actualidad ó en el pasado, ó bien los considerará en conjunto, obrando concertadamente para producir cada estado social?

A mi ver, la Sociología no debe desdeñar el empleo de ninguno de los procedimientos mencionados ni el de otros que pudieran ofrecérsele. La observación de las sociedades vivientes, ya recurriendo á la monografía, ya á la estadística, es un medio perfectamente adecuado para poner en evidencia los factores cooperantes en el *plexus* social. Tales investigaciones constituyen lo que podría llamarse histología de las sociedades, ó, también, análisis de química social, tomando estas expresiones, naturalmente, sólo en sentido figurado.

El método histórico, el estudio del desenvolvimiento de una sociedad determinada, de una institución ó un orden dado de fenómenos es igualmente de gran provecho, sobre todo porque pone de relieve la acción constante de algunas fuerzas sociales, como ser la raza, á través de todas las vicisitudes del pueblo considerado. Este método histórico, sea que se le aplique al todo social, sea que se reduzca á una categoría de hechos sociales, cobra mayor importancia cuando se toma, no una sociedad, sino muchas. Recibe entonces el nombre de comparativo, y se torna utilísimo

para el esclarecimiento de las causas generales de los hechos humanos y de las leyes de evolución que los rigen.

Finalmente, el método deductivo puede asimismo ser usado ventajosamente en Sociología, como lo prueban los ensayos de Gumplowicks, de Vaccaro y de otros sociólogos. Obtenida una verdad por una ciencia extraña, nada obsta á que se ensaye su generalización á las relaciones interpsíquicas, cuidando siempre de controlar estas explicaciones con la realidad viva. Así, podemos preguntarnos, como lo ha hecho Vaccaro con éxito feliz, si las leyes de selección natural y de adaptación son susceptibles de aplicarse á los hechos sociales y de explicarlos; si son aplicables, con cuáles restricciones y modificaciones; cuáles son los fenómenos que caen bajo su dominio, etc.

— ¿Y la experimentación, que en el orden de los fenómenos físicos, químicos y biológicos, es un instrumento tan poderoso de verificación y de pesquisa?

Si todos los actos humanos tuvieran el valor de fenómenos sociológicos, y viceversa, no cabría duda alguna sobre la posibilidad de aplicar el método experimental á la Sociología. Nuestra propia vida, en efecto, entraña una serie de experimentos sucesivos. Experimentamos cuando adquirimos y cultivamos una amistad nueva, cuando cambiamos de género de vida, cuando modificamos nuestra conducta en alguna forma, cuando ensayamos una profesión, cuando iniciamos una empresa, cuando hacemos un negocio, cuando nos lanzamos en una vía antes no recorrida, en la política, en el comercio, en el orden de las relaciones sociales.

— ¿Qué es la desilusión, en la mayoría de los casos, sino el sentimiento de nuestra torpeza por un cálculo mal hecho, por una previsión frustrada, acompañado de la contrariedad por la circunstancia de que las cosas no hayan salido ó no sean como nosotros deseábamos que fueran?

Vivir es actuar, es ponerse en relación con los otros miembros de la sociedad, y por lo tanto, es hacer nacer en ellos deseos, creencias, aspiraciones, sentimientos de simpatía, de aversión ó de indiferencia. El juego natural de la vida nos lleva á establecer estos contactos y roces morales, en parte involuntariamente, es cierto, pero en otra de un modo deliberado, que se asemeja mucho

á una experimentación, que es un procedimiento experimental verdadero. No siempre nos dejamos llevar por impulsos inconscientes ó por las circunstancias que nos envuelven, sino que aspiramos, en lo posible, á gobernar nuestra vida, á vigilar nuestra conducta, á ir hacia fines que nos proponemos, por los medios y caminos que juzgamos mejores y conscientemente elegimos.

Pero lo psíquico y lo social, por grandes que sean las afinidades que ofrecen, no se confunden, sin embargo. Sin mezclarme en la contienda privada alrededor de la *característica* de los fenómenos sociales y ateniéndome á sus rasgos más vulgares, diré así la *generalidad* y la *colectividad*, no hallo un obstáculo invencible para el empleo de la experimentación en el campo social; y en la producción de las llamadas «corrientes de opinión», por medio de la propaganda oral y sobre todo del vehículo de la prensa, creo ver una patente demostración de la eficacia del procedimiento experimental para provocar, estimular y dirigir á voluntad hechos cuya índole sociológica nadie se atrevería á poner en tela de juicio.

Por hoy, no seguiré analizando las cuestiones que promueve el dinamismo social; cuestiones arduas, si las hay, por lo enmarañado del tejido de causas que intervienen para dar lugar á efectos que á su vez se vuelven causas de nuevos efectos, ó por la interferencia de toda clase de leyes, mecánicas, físicas, químicas, biológicas, psíquicas, que se entrecruzan de mil modos y hacen surgir los resultados más imprevistos.

Pero la extremada dificultad de estos problemas no debe ser motivo suficiente para rehuir su investigación. Sigamos alimentando la fe científica y inquiriendo pacientemente las leyes del dinamismo social, en la confianza de que tales problemas podrán estar erizados de dificultades, pero no son insolubles. Si los excelentes pensadores del siglo, los colosos del saber, han abrigado esta ilusión, ¿con qué derecho nosotros, pígnatos, osaremos decretar que la luz no brillará? Y cuando ésta se haga, el proceso evolutivo de las sociedades lucirá con claridad esplendente, y recién entonces podremos darnos cuenta de - cómo el hombre, de la antopografía primitiva, ha llegado á la cultura moral y social de nuestros días; del acto sexual de la bestia al amor caballeresco; del fetiquismo grosero á las sutilezas de la metafísica religiosa.

el misticismo; de los dibujos de la edad neolítica á los refinamientos del sentimiento estético y de una curiosidad estrecha y limitada al entusiasmo desinteresado por la ciencia ».

Antonio Dellepiane.

DE LA CIENCIA DE LA GUERRA Y SUS PRINCIPIOS

Entre la multitud de definiciones que se han dado sobre la guerra, no existe una que satisfaga ó demuestre de una manera precisa su objeto y que comprenda á la vez á todas las clases de guerras, bajo el punto de vista de su origen y de su naturaleza. Pero se reconoce que las que se han formulado hasta hoy, proceden, dadas sus variadas formas, de las diferentes impresiones de los que las emiten.

Invocaremos algunas opiniones al respecto, lo mismo que sobre el carácter científico de ella, y terminaremos el artículo demostrando la necesidad de la organización de nuestras fuerzas y la modificación ó mejoramiento de las oficinas encargadas de la dirección general del ejército.

Dice Montecuculli: «La guerra es la posición desde la cual un ejército lleva la ofensiva por todos los medios y cuyo fin es la victoria».

Bluntschli la define así: «Es el conjunto de actos por los cuales un pueblo ó un Estado hace respetar sus derechos luchando con las armas en la mano, contra otro pueblo ó otro Estado».

El General Bardín la califica en esta forma: «Es el acto de paralizar las fuerzas del enemigo» y Clausewitz la define así: «La guerra no es más que un duelo en grande escala».

En nuestra opinión la primera de estas definiciones tiene algo de defectuosa, puesto que, además de no determinar claramente lo que es la guerra, el autor toma el resultado como la verdadera causa de ella.

La opinión de Bluntschli se acerca más á la verdad, pero no abraza en general á la guerra. Ella considera en lucha á un pueblo contra otro ó un estado contra otro y olvida que pueden estarlo también, dos fracciones ó poderes de un mismo pueblo ó de un mismo estado.

La tercera y cuarta son opiniones vagas, esto es, no demuestran con precisión el carácter de la guerra y su naturaleza.

Todas las definiciones al respecto adolecen de los mismos defectos, de manera que, no pueden tomarse como verdaderas, bajo el punto de vista general, ninguna de ellas.

La que más se acerca á la verdad, es á nuestro juicio, la que Villamartín invoca en su texto de Arte Militar y que dice: « La guerra es el choque material de las fuerzas destructoras de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses ».

Considerada como buena esta definición, entremos á estudiar el carácter que distingue á la guerra, y á determinar si ella es arte ó ciencia.

Estudiando su antigüedad, su rol político y moral, se llega á la conclusión de que ella es una ciencia. En las definiciones, las opiniones varían muy poco.

El General Saxe dice: « Es una ciencia cubierta de tinieblas, en medio de las cuales se marcha con paso inseguro. La rutina y la preocupación son la causa de ella, como consecuencia natural de la ignorancia ».

Federico el Grande, se expresa en una forma más enérgica: « Marchar cuando se marcha, detenerse cuando se detiene, comer cuando se come, batirse cuando se bate; he aquí, lo que es la guerra, para la mayoría de los oficiales que la hacen.

En conclusión, esta terrible peroración en las competencias de estados, es un arte para los ignorantes y una ciencia para los verdaderos hombres de guerra ».

El archiduque Carlos da la siguiente definición: « La estrategia es la ciencia de la guerra. La táctica es el arte militar ».

Napoleón decía: « En la guerra, nada se obtiene sin el cálculo. Todo lo que no es profundamente meditado, en sus detalles no produce ningún resultado práctico ».

Rustow opina en esta forma: « La idea de que la teoría y el estudio de la guerra no dan resultados positivos, seduce á los perezosos, que se imaginan alcanzar un buen éxito sin trabajar, con sólo la astucia; y que creen naturalmente, ser más ingeniosos que perezosos ».

Concretando más la definición, el Comandante Henry dice: « En efecto, toda cuestión militar se reduce á un principio, apoyado en la experiencia ; deriva de una ley física ó moral. Así, pues, el conjunto de principios, hechos, observaciones y leyes, clasificados con método, constituyen siempre una ciencia. Por consiguiente la guerra es una ciencia. »

Considerando, pues, las definiciones anteriores y otras que sería largo enumerar y que difieren muy poco de las enunciadas más arriba, se llega á la conclusión de que la guerra es una ciencia bajo todo punto de vista, no sólo porque deriva de otras ciencias, sino porque ella comprende ciertas reglas y principios fijos e invariables, basados en leyes especiales y que reclaman un estudio detenido y minucioso.

Al respecto el Mariscal Guibert dice : « La ciencia de la guerra es por sí sola una enciclopedia ».

Por ello es que ha sido muchas veces motivo de confusión en el estudio de la ciencia militar, el arte y la ciencia de la guerra.

El arte de la guerra, ha tenido su nacimiento en las épocas en que las hordas salvajes ó semi-civilizadas cansadas de luchar sin orden ni dirección las unas contra las otras, empezaron á combatir dirigidos por los jefes más expertos.

De este modo el que mandaba los ejércitos buscaba un medio que le proporcionara un buen resultado, esto es, que le brindara el éxito de sus operaciones militares.

Estos métodos de guerra no tenían una base que justificara su existencia, ni un principio que demostrara la conveniencia de su aplicación. Todo ello era, sólo la inspiración del momento. Si la suerte era favorable, ese método subsistía para los encuentros futuros y de este modo fué que se formó un sistema especial de combatir.

Este arte de la guerra ha precedido, pues, al arte militar, como la inspiración precede á las reglas escritas.

La manera de combatir de aquellos ejércitos era una costumbre; luego se transformó en industria; en nuestros días no es más que un estado accidental.

Por consecuencia se hace necesario muchos conocimientos y aptitudes especiales para el uso de los métodos de combate y el manejo de las tropas en el teatro de la guerra.

Por ello es que al finalizar el siglo XVI nació el arte militar.

Más tarde aún, cuando los ejércitos fueron más considerables y mejormente organizados e instruidos, á la vez que más livianos y ligeros, las cuestiones militares tomaron una amplitud y una importancia mucho más considerable.

Desde entonces comienza el estudio de los principios científicos de la guerra, ó lo que es lo mismo, nace la ciencia militar.

Dada la importancia adquirida con el tiempo y los sucesos, la ciencia militar se transformó de ciencia de aplicación en una ciencia de estado, lo que equivale á decir, una función de la ciencia social en su orden más elevado.

Es imprescindible el estudio de la ciencia de la guerra para organizar de una manera perfecta á un ejército regular.

En ella se distinguen principios, medios, aplicaciones y efectos.

Jomini en su tratado «Instituciones Militares», enumera doce principios esenciales, que recogidos, estudiados y aplicados por el Estado Mayor Alemán, dieron por resultado la completa organización de su aguerrido ejército.

Esos principios de organización son:

- 1.^º Implantar un buen sistema de reclutamiento.
- 2.^º Una buena formación.
- 3.^º Establecer un sistema de reservas nacionales bien organizado.
- 4.^º Tropas y oficiales bien instruidos en las maniobras y servicios tanto en el interior como en el exterior.
- 5.^º Mantener una disciplina rigurosa sin ser humillante y un espíritu de subordinación y puntualidad honroso, en las convicciones de todos los grados más aun, que en las formalidades del servicio.
- 6.^º Un sistema de recompensas y de emulaciones bien combinadas.

8.º Armas especiales.

8.º Un armamento bien entendido y superior á la vez, si es posible, al del enemigo, aplicando esto no solamente á las armas ofensivas, sino también á las defensivas.

9.º Un Estado Mayor General capaz de utilizar bien todos los elementos, y cuya buena organización responda á la instrucción clásica y práctica de sus oficiales.

10. Un buen sistema para los aprovisionamientos, los hospitales y la administración.

11. Un buen sistema para organizar el mando de los ejércitos y la alta dirección de las operaciones.

12. La excitación del espíritu militar.

Luego de un extenso análisis de ciertas consideraciones estratégicas, necesarias para el estudio final de la ciencia de la guerra, y otras de orden administrativo, Jomini agrega :

« Importa que el estudio de las ciencias militares sea protegido y recompensado. El Estado Mayor debe estar empleado en tiempo de paz á los trabajos preparatorios para todas las eventualidades de las guerras posibles. Se debe emplear todos los medios para tener conocimiento de la geografía y de la estadística militar de los estados vecinos, á fin de conocer sus medios materiales de ataque y de defensa, y deducir su poder y los fines estratégicos que pueda perseguir en un caso dado. Se debe emplear en estos trabajos científicos oficiales distinguidos, y recompensarles cuando se ocupen de una manera marcada en sus tareas ».

Atendiendo, pues, á los principios enunciados por Jomini, sería una obra altamente patriótica que las autoridades que tienen en su mano la dirección del ejército, inicien ó acepten las iniciativas de organización que concilien con nuestros recursos y nuestra manera de ser, pero subordinadas siempre á las reglas de la milicia moderna.

También, y como punto de partida de la reforma ó modificación de los sistemas implantados en nuestra fuerza armada, se impone una nueva constitución del Estado Mayor General, basado en el que actualmente existe para no levantar resistencias y armonizar cuanto se pueda, con el espíritu esencialmente conservador de los

que se creen amenazados ó que consideran en peligro el puesto que desempeñan, con la forma que se pretende dar al nuevo establecimiento de las oficinas directoras del ejército.

Desmoraliza grandemente al emprenderse la tarea de la organización, cuando no existe el estímulo, la protección y la recompensa moral, cuando menos, al trabajo desinteresado de los buenos oficiales que ambicionan, con legítimo derecho, obtener del ejército que les será entregado tal vez bajo su dirección más tarde en las batallas, la preparación indispensable para concurrir eficazmente al logro del fin perseguido, y desenvolverse con suma facilidad en los conflictos que se presenten en el desarrollo de un plan de campaña preconcebido, formulado en el mismo teatro de operaciones, ó modificado en el curso de la contienda por eventualidades de la guerra.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la participación de los oficiales en el progreso del ejército, si bien es la misma, no concurren todos en la misma forma. Puede hacerse una pequeña clasificación, sin que ella signifique superioridad de unos sobre los otros; muy al contrario, ella determina la forma en que deben concurrir de acuerdo con los conocimientos que poseen y las aptitudes que los distinguen para el cumplimiento de su misión en los diversos casos que se presentan en la larga y difícil tarea de organizar el ejército permanente. Así, pues, puede hacerse la división de oficiales científicos y oficiales de combate.

Los primeros estudian la ciencia en toda su extensión, plantean y proponen las reformas, sustituciones ó ampliaciones de los sistemas de organización y administración existentes, y los segundos ejecutan los principios establecidos por los primeros y dirigidos por los mismos, instruyendo y preparando las unidades convenientemente, para responder á las exigencias del método propuesto y transformar á las tropas en un elemento de verdadera fuerza, capaz de alcanzar un resultado feliz y provechoso en el hecho práctico.

El General Lewal, en su libro de reforma del ejército, menciona, para obtener una buena organización en las tropas regulares, treinta y seis principios, de los cuales los dos siguientes son los más fundamentales:

1.º « El principio de orden material es la unidad absoluta de organización, en la paz como en la guerra, en particular como en general. »

2.º « El principio de orden espiritual es la moralización del ejército por la glorificación del trabajo. »

Estos principios, conjuntamente con los enunciados por Jomini, constituyen una misma regla dentro de la ciencia militar. Debe entenderse que la ciencia militar es de orden superior, forma parte como hemos dicho, de la ciencia social, y tiene á la vez principios análogos á los de la ciencia general de la cual ella deriva.

Así, pues, en resumen, todos los argumentos anteriormente enumerados pueden condensarse en estos tres principios : la unidad, la sencillez y la generalidad ; porque la ciencia de la guerra para la sociedad debe ser una, simple, general primero y nacional después,

Bajo cualquier forma que la consideremos ó la coloquemos, siempre debe ser una sola en su espíritu y en su evolución.

Por consecuencia, si la ciencia de la guerra es una sola, bajo el punto de vista general debe ser una cada una de sus partes.

En el teatro de la guerra no existen muchas ciencias de la guerra ; la ciencia para el ejército activo, para la defensa de plazas, para la marina y para las colonias, constituye una sola bajo el punto de vista de la defensa nacional.

Como se ve, la ciencia de la guerra, por la multitud de ramas que abraza, es extensa y exige una gran constancia en el estudio, y una marcada buena voluntad y labor para abarcar todos los puntos que comprende, que, sin excluir ninguno de ellos, todos tienen aplicación en las operaciones.

El General Morand, el viejo compañero de armas del Mariscal Marmont, se expresaba al respecto en esta forma : « No solamente ignoramos, sino que también desechamos el saber. Se admite el principio de instrucción, pero no aceptamos su aplicación. Muchos oficiales se forman una idea errónea de lo que es la instrucción. Ellos creen seriamente que las escuelas elementales (del soldado, pelotón, compañía, batallón, etc.), forman la única ciencia de la guerra necesaria. Estos bravos hombres se creen capaces de hacer bien la guerra porque saben colocar los guías y mandar un despliegue. »

En la expresión del General Morand está estampado fielmente nuestro espíritu esencialmente conservador de las rutinas absurdas y refractario de las ideas de adelanto y mejoramiento del ejército de línea.

Debemos ser más patriotas: los unos en el sentido de la contracción al trabajo, y los otros en el sentido de apoyar y proteger toda iniciativa ó trabajo de utilidad práctica.

Si los pueblos y los gobernantes delegan en los militares, ó mejor dicho en el ejército de la nación, la grave responsabilidad de mantener y custodiar la integridad nacional, la garantía de la propiedad, de las familias y de la tranquilidad pública, es necesario que a los encargados de organizarlo y mantenerlo en rígurosa disciplina se les proporcione todos los medios indispensables para prepararlo e instruirlo, otorgándoles cierta autonomía que les dé libertad para iniciar las reformas, porque de otro modo, el ejército inconsciente e involuntariamente traiciona, por decirlo así, la confianza en él depositada, y descuida peligrosamente la obligación contraída por la falta absoluta de medios que lo pongan en condiciones de cumplir fiel y honradamente el cometido que las leyes de la nación le han señalado.

Pueden servirnos de ejemplo las doctrinas enunciadas al principio de este artículo, para obligarnos al comienzo de los trabajos de organización y de adelanto en el ejército, depende cuyo progreso significa, sin duda alguna, el progreso del país.

Félix Etchepare,
Alférez.

Montevideo, Abril 3 de 1900.